

tografías, lo estimó *plateresco*; mas luego, examinándolo *de visu*, ha tenido que rectificar. Pertenece al gusto del *Renacimiento italiano*; lo plateresco nunca ha ornamentado tales moles. Son los *órdenes* de arquitectura clásicos, pero enriquecidos con un lujo de exornación grandioso y elegante a la vez. Esas pilastras de grutescos, al par robustas y graciosas; esos ventanales ajimezados, son bien compuestos y ejecutados con tan consciente maestría; ese friso, de invención y de factura tan felices, para aligerar el *cornisón*, con que el cuerpo remata, hacen de todo él un insigne ejemplar del *Renacimiento italiano*, sin rival, dentro de su género, en España.

En el interior de la Torre queda espacio para la Sacristía. Una gran inscripción, que corre por junto al arranque de su bóveda, declara que se terminó el año 1525. También es del Maestro Florentino; y así mismo el hermoso copete de los dos genios, de su ingreso. A poco de esculpirlo, Micer Jacobo falleció, en una excursión a Villena. Hubo que buscar otro Maestro.

Trájose a Jerónimo Quijano, el *Montañés*. Éste, arquitecto y escultor también, dirigió y dió sus últimos perfiles al segundo cuerpo de la Torre. Su gusto pertenecía ya al Renacimiento español, cuya severidad algo enfática extremó luego Juan de Herrera en el Escorial. El cuerpo de Quijano, sin la fastuosa elegancia que el primero, no desdice de él, ciertamente. Tiene buenas proporciones, miembros bien repartidos y detalles de mérito.

Una vez construidos estos dos cuerpos, por mucho tiempo se dejó así la Torre, sin más que armar sobre la cubierta del segundo, un campanario provisional.

Aún así, la Torre dominaba toda la ciudad, y era su orgullo. ¡Qué de encomios hacen de aquella media Torre, Cascales, Rocamora, Robles Corbalán y todos nuestros escritores del siglo XVII! Concluida, no ten-

